

LA LUZ DEL PORVENIR.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—El resorte de la vida — El indulto.

EL RESORTE DE LA VIDA.

EL RESORTE DEL JUGUETE.

— Padre, aquel gran caballo de madera, que por la habitacion solo corría, en pedazos he roto el otro dia por saber qué resorte le moviera.

— Y has hallado el resorte? — Nada hallo.

— Y despues de trabajo tan penoso, ¿qué ha conseguido al fin tu afan curioso? quedar con tu ignorancia y sin caballo.

Ha procedido al cabo tu inocencia Como los hombres que en su afan profundo, el secreto motor que anima al mundo quieren hallar por medio de la ciencia.

Para ver el resorte del juguete en cien pedazos lo rompió tu mano, así tambien el pensamiento humano quiebra lo que ha su empeño se somete.

Descomponiendo vá pieza por pieza el mecanismo oculto de la vida, y sin hallar la máquina escondida, rompe la forma, mata la belleza.

Y cuando el hombre, de su afan vasallo, Cumplido juzga su deseo ardiente, Se queda como tu, ¡pobre inocente! Con su antigua ignorancia y sin caballo.

M. de la Revilla.

Del mismo modo el materialista somete al análisis de su ciencia *el resorte de la vida*, ó sea el alma, el espíritu, la fuerza, el motor que dá á nuestro sér sensibilidad y movimiento, agosta los mejores años de su existencia buscando las propiedades de las sustancias de que se compone el cuerpo humano, estudiando su combinacion, cree haber encontrado la piedra filosofal, pero muere el hombre, y y toda la cantidad de fósforo que había en su cabeza, pasa al laboratorio universal, aquel cuerpo que venció al imposible deja de sentir, deja de percibir todas las sensaciones que animaron su vida, y disgregadas sus moléculas ó petrificadas por algun tratamiento científico momificado y conservado entre yerbas aromáticas, ó descomponiéndose lentamente, la inaccion es el estado permanente de aquellos

átomos que un día tomaron una parte tan activa en el movimiento universal, y el sábio más profundo no le puede dar vida á un cadáver. Lo mismo queda rígido el cuerpo del asesino que el del justo, la misma putrefacción se apodera de la casta virgen, que de la impúdica ramera, en el mismo sueño quedan sumidos el anciano y el pequeñuelo, la igualdad aterradora de la muerte pone á un mismo nivel al monje y al guerrero, al sábio y al ignorante, todos son iguales cuando el corazón deja de latir. Abrid las marmóreas tumbas de los Césares, y encontrareis en ellas esqueletos perfectamente conservados, revestidos con sus mantos de púrpura. ¡Arengadles! decidles que sus pueblos los llaman, que sus vasallos los esperan, presentadles sus armas, conducid ante su sarcófago briosos corceles que golpeen el suelo con impaciencia y relinchen con arrogancia, y todo será inútil, los guerreros que hicieron temblar al mundo permanecerán quietos dentro de sus sepulcros, y solo la fantasía de los poetas los levantará de sus sepulturas.

Id despues á la fosa comun donde yacen confundidos el sábio que murió en la miseria y la meretriz que exhaló su último suspiro en el duro lecho de un hospital, removed aquellos huesos, decidle á los gusanos que suspendan su festin y dirigios al sábio diciéndole: —¡levántate! que tus delirios de ayer son las verdades prácticas de hoy, ven á ver tu apoteosis, en la fábrica grandiosa de la cual tu formaste los cimientos, ondea en sus torres la bandera gentil del progreso, pero el esqueleto del sábio no hará un solo movimiento, y el populacho de las tumbas, los socialistas de los cementerios (vulgo gusanos), seguirán siendo dueños absolutos de aquellos cuerpos que la muerte les entregó sin condiciones.

De igual manera el cadáver de la meretriz permanecerá insensible, la cesacion de la vida deja inertes á todos los cuerpos, y si con el hombre todo muere ¿no es verdad que las leyes de la naturaleza son ilógicas, son absurdas? ¿si *el resorte de la vida* lo mismo se rompe en el cerebro del sábio que en la mente del idiota, si la naturaleza tiene sus leyes fijas é inmutables, porque la sabiduría y la estupidez son pesadas en la misma balanza, porque la misma línea recta traza la muralla que separa á los vivos de los muertos, si en los muertos hay algunos que viven eternamente por su ciencia y sus virtudes en la memoria de las generaciones, mientras que otros estando vivos ensayaron el papel de muertos y desaparecieron de la tierra sin dejar el más leve vestigio de su paso; por que era igualdad de destino siendo tan distintos los merecimientos?

Si la misma materia tiene sus leyes, si las fuerzas centrípeta y centrífuga funcionan acompasadamente sin que el menor choque acorte ó aumente la distancia de los cuerpos enormes que describen círculos eclípticos en torno del astro solar que les da vida, si todo es armónico en la naturaleza, si todo tiene marcado su período de florecencia y de aniquilamiento, si el árbol centenario inclina su copa cuando verdes retoños le recuerdan su juventud, si todo renace, como la inteligencia del hombre que es el gran *resorte de la vida*, queda este enmohecido cuando la sangre se coagula y atrofia el corazón?

Por mucho que pese á los sábios materialistas, el gran *resorte de la vida*, no se encuentra si no se acepta la reencarnacion del espíritu, si no se admiten innumerables existencias en las cuales el alma unas veces salda sus cuentas, y otras recoge la cosecha de frutos sazonados que le corresponden segun los trabajos que ha hecho.

Si no se acepta la supervivencia y la eterna individualidad del espíritu, le pasa á los sábios lo que al niño del cuento, torturan su imaginacion buscando el resorte de la vida, y al fin, cuando muere el hombre, se quedan los escépticos con la misma ignorancia y sin la justa creencia en una fuerza superior que mueve la creacion incesantemente.

Todo lo niegan y nada construyen, todo lo ignoran en medio de las fuentes de la vida, rompen todas las fibras de su sér y se quedan en la misma oscuridad, su trabajo es titánico y su resultado microscópico.

¡Pobres locos de los siglos! buscais *el resorte de la vida*, y lo llevais en vosotros mismos. Cuanto digais, cuanto inventeis, todo será escribir en la arena, mientras

le negueis al hombre un espíritu inmortal, responsable de todos sus actos.

El *resorte de la vida*, no se encuentra en ninguna religion, en ninguna, por que ningun credo religioso acepta el eterno progreso del espíritu, todos los dogmas tienen un cielo donde se estaciona el espíritu llegando al límite de la santidad, entregándose á la contemplacion de la obra divina y el espíritu en éxtasis se opone á la marcha de la vida universal, en el laboratorio de la creacion todo se mueve, todo evoluciona, todo se transforma, todo adquiere nuevas propiedades y se relacionan con nuevas manifestaciones los séres y las cosas, el límite de la virtud y el de la iniquidad son dos polos que no puede admitir la razon, la última palabra no se podrá pronunciar jamás en ningun sentido: el hombre es una unidad que nunca podrá formar el total de una suma; siempre verá ante sí nuevas unidades que vendrán á dar más valor á la cantidad, sin que jamás pueda decir: En mi concluye la sabiduría ó la impiedad.

El hombre es grande por que es eterno, si no lo fuera no seria digno de su Creador. Considerado el hombre en una sola existencia, ¿qué pruebas nos dá de su origen divino? Ninguna, el niño es torpe, débil, ignorante; joven, es aturdido, que juega el todo por el todo sin tender una mirada al porvenir; en la edad madura, es taimado, astuto, hipócrita; en la vejez es egoísta, despótico, impertinente. Son estos los atributos de su grandeza? no; el hombre en la tierra (con rarisimas excepciones) es un conjunto de vicios, el más sábio mirado de cerca suele ser muy pequeño, y el más virtuoso suele tener pequeñitos defectos; de consiguiente *el resorte de la vida* no está en la vida terrena, hay que remontar el vuelo para buscar un mañana, y hay que retroceder para encontrar un pasado, solo así encontraremos la definicion del espíritu.

Desengañense los materialistas, negar sin crear algo para ocupar el vacío que deja su negacion es un trabajo impropio, es querer sustentar un cuerpo sólido en el aire sin que obedezca á la ley de la gravitacion y nada puede subsistir fuera de la ley natural.

Negar la existencia del alma y la supervivencia del espíritu, sin dar una explicacion razonada de las distintas aptitudes de los hombres, que hay pobres labriegos que tienen más leyes en su cabeza que Alfonso el Sábido, y hombres de noble cuna que han recibido una educacion esmerada y sin embargo son vulgares y groseros, que solo sirven de estorbo á las grandes inteligencias, ceros á la izquierda en la gran suma social; cuando nos digan en que consiste que de unos mismos padres salen hijos simpáticos y hermosos, y otros feos y repugnantes, cuando nos expliquen el por qué de tan notables diferencias, entonces encontraremos en el materialismo, en la negacion de una causa creadora *el resorte de la vida*, pero como nunca podrán explicar satisfactoriamente por que la muerte iguala á todos los hombres quedando sin recompensa el noble afan de los sábios, y la santa caridad de los buenos, como siempre tendrán que buscar en la nada los principios de la vida, y la nada, nada crea, por esto la única solucion que tiene el sábio para encontrar la fuente de la vida, es dedicarse al estudio del espiritismo, buscando en la comunicacion de los espíritus el gran resorte de nuestra existencia.

No hay otro, los muertos viven, en las tumbas de los Césares y en la fosa de los mendigos, los cuerpos se disgregan, hacen su trabajo, creando repúblicas de insectos, mientras los espíritus, separados de su grosera envoltura siguen trabajando en otra esfera, relacionándose con todos aquellos que les piden consejo y ayuda, velando por sus deudos, inspirándoles deseos de buscar en lo desconocido la continuacion de la vida, haciendo manifestaciones de su existencia para despertar la curiosidad humana produciendo ruidos, levantando muebles, agitándose en todos sentidos, llamando á todas las conciencias, diciendo en todos los tonos:— ¡Vivos en la carne y muertos en el espíritu! escuchad!

¡Sois ciegos y teneis ojos!

¡Sois sordos y teneis oidos!

¡Teneis inteligencia y vivis en el idiotismo! creéis en la muerte y negais la vida cuando la muerte es un mito, y la vida es una realidad sancionada por los siglos!

Oíd las voces de los espíritus, los sábios de otras épocas quieren instruiros, los esclavos de otros días os quieren enseñar á redimiros, la catarata de la vida derrama sus eternos raudales sobre vosotros. ¡Preparaos, ilustraos, engrandeceos, allanad el camino, que el reformador de ese planeta se acerca á vosotros para envolveros con su salutífero fluido, que da vista al ciego y agilidad al paralítico, que devuelve la inteligencia al idiota, y al sábio lo conduce á la contemplacion del infinito!

Esto, esto nos dicen los espíritus, por esto no titubeamos en asegurar que solo en el estudio razonado de la filosofía espiritista, encontrarán los grandes pensadores *el resorte de la vida*.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Recomendamos á nuestras lectoras el artículo que copiamos á continuacion, por que en él está pintado magistralmente el horrible sufrimiento de un espíritu.

EL INDULTO

De cuantas mujeres enjabonaban ropa en el lavadero público, ateridas por el frio cruel de una mañana de Marzo, Antonia la asistenta era la mas encorvada, la mas abatida, la que torcia con menos brío, la que refregaba con mayor desaliento, á veces, interrumpiendo su labor, pasábase el dorso de la mano por los enrojecidos párpados, y las gotas de agua y las burbujas de jabon parecian lágrimas sobre su tez marchita.

Las compañeras de trabajo de Antonia la miraban compasivamente, y de tiempo en tiempo, entre la algarabía de las conversaciones y disputas, se cruzaba un breve diálogo, á media voz, entretendido con exclamaciones de asombro, indignacion y lástima. Todo el lavadero sabia al dedillo los males de la asistenta, y hallaba en ellos asunto para interminables comentarios: nadie ignoraba que la infeliz, casada con un mozo carnicero, residia, años antes, en compañía de su madre y de su marido, en un barrio extramuros, y que la familia vivia con desahogo, gracias al asiduo trabajo de Antonia y á los cuartejos aborradados por la vieja en su antiguo oficio de revendedora, banatillera y prestamista. Nadie habia olvidado tampoco la lúgubre tarde en que la vieja fué asesinada, encontrándose hecha astillas la tapa del arcon donde guardaba sus caudales y ciertos pendientes y brincos de oro; nadie tampoco, el terror que infundió en el público la nueva de que el ladron y asesino no era sino el marido de Antonia, segun ésta misma declaraba, añadiendo que desde mucho tiempo atrás roia al criminal la codicia del dinero de su suegra, con el cual deseaba establecer una tablajería suya propia. Sin embargo, el acusado hizo probar la coartada, valiéndose del testimonio de dos ó tres amigos de taberna, y de tal modo envolvió el asunto, que en vez de ir al palo salió con veinte años de cadena.

No fué tan indulgente la opinion como la ley: además de la declaracion de la esposa, habia un indicio vehementísimo; la cuchillada que mató á la vieja, cuchillada certera y limpia, asestada de arriba abajo, como la que los matachines dan á los cerdos, con un cuchillo ancho y afiladísimo, de cortar carne. Para el pueblo, no cabia duda en que el culpable debió subir al cadalso. Y el destino de Antonia comenzó á infundir sagrado terror, cuando fué esparciéndose el rumor de que su marido *se la habia jurado* para el dia en que saliese de presidio, por acusarle. La desdichada quedaba en cinta, y el asesino la dejó avisada de que, á su vuelta, se contase entre los difuntos.

Cuando nació el hijo de Antonia, ésta no pudo criarlo; tal era su debilidad y su demacracion y la frecuencia de las congojas que desde el crimen la aquejaban, y como no le permitia el estado de su bolsillo pagar ama, las mujeres del barrio que tenian niños de pecho, dieron de mamar por turno á la criatura, que creció enclenque, re-

sintiéndose de todas las angustias de su madre. Un tanto repuesta ya, Antonia se aplicó con ardor al trabajo y aunque siempre tenían sus mejillas esa azulada palidez que se observa en los enfermos del corazón, recobró su silenciosa actividad, su aire apacible.

¡Veinte años de cadena! En veinte años, pensaba ella para sus adentros, él se puede morir ó me puedo morir yo, y de aquí allá falta mucho. La hipótesis de la muerte natural no la asustaba; pero la espantaba imaginar solamente que volvía su marido. En vano las cariñosas vecinas la consolaban, indicándole la esperanza remota de que el inicuo parricida se arrepintiese, se enmendase, ó, como decían ellas, se volviese de mejor idea: meneaba Antonia la cabeza entonces, murmurando sombríamente:

—¿Eso él? ¿De mejor idea? Como no baje Dios del cielo en persona y le saque aquel corazón perro y le ponga otro... Y, al hablar del criminal, un escalofrío corría por el cuerpo de Antonia.

En fin, veinte años tienen muchos días, y el tiempo aplaca la pena más cruel. Algunas veces, figurábasele á Antonia que todo lo ocurrido era un sueño, ó que la ancha boca del presidio que se había tragado al culpable no lo devolvería jamás, ó que aquella ley, que al cabo supo castigar el primer crimen sabría prevenir el segundo. ¡La ley! Esa entidad moral, de la cual se formaba Antonia un concepto misterioso y confuso, era sin duda fuerza terrible, pero protectora, mano de hierro que la sostenía al borde del abismo. Así es que á sus ilimitados temores se unía una confianza indefinible, fundada sobre todo en el tiempo trascendido, y en el que aún faltaba para cumplirse la condena.

¡Singular enlace el de los acontecimientos! No creería de seguro el Rey, cuando vestido de capitán general y el pecho cargado de condecoraciones, daba la mano ante el ara á una princesa, que aquel acto solemne costaba amarguras sin cuento á una pobre asistente en lejana capital de provincia. Cuando Antonia supo que había recaído indulto en su esposo, no pronunció palabra, y la vieron las vecinas sentada en el umbral de la puerta, con las manos cruzadas, la cabeza caída sobre el pecho, mientras el niño, alzando su cara triste de criatura enfermiza, gimoteaba.

—Mi madre... ¡Calienteme la sopa, por Dios, que tengo hambre!

El coro benévolo y cacareador de las vecinas rodeó á Antonia; algunas se dedicaron á arreglar la comida del niño, otras animaban á la madre del mejor modo que sabían. Era bien tonta en afligirse así. ¡Ave María Purísima! ¡No parece sino que aquel hombre no tenía más que llegar y matarla! Había gobierno, gracias á Dios, y audiencia, y serenos; se podía acudir á los celadores, al alcalde...

—¿Qué alcalde! decía ella con hosca mirada y apagado acento.

—Ó al gobernador, ó al regente, ó al jefe de municipales; había que ir á un abogado, saber lo que dispone la ley...

Una buena moza, casada con un guardia civil, ofreció enviar á su marido para que le metiese miedo al picaron; otra, resuelta y morena, se brindó á quedarse todas las noches á dormir en casa de la asistente; en suma, tales y tantas fueron las muestras de interés de la vecindad, que Antonia se resolvió á intentar algo, y sin levantar la sesión, acordóse consultar á un jurisperito, á ver que recetaba.

Cuando Antonia volvió de la consulta, más pálida que de costumbre, de cada tenducho y de cada cuarto bajo salían mujeres en pelo á preguntarle, y se oían exclamaciones de horror. ¡La ley, en vez de protegerla, obligaba á la hija de la víctima á vivir bajo el mismo techo, maritalmente con el asesino!

—¿Qué leyes, divino Señor de los cielos! ¡Así los bribones que las hacen las aguantarán! clamaba indignado el coro. ¿Y no habrá algún remedio, mujer, no habrá algún remedio?

—Dice que nos podemos separar... despues de una cosa que le llaman divorcio.

—¿Y que es divorcio mujer?

—Un pleito muy largo.

Todas dejaron caer los brazos con desaliento: los pleitos no se acababan nunca, y peor si se acababan, porque los perdía siempre el inocente y el pobre.

—Y para eso, añadió la asistenta, tenía yo que probar antes que mi marido me daba mal trato.

¡Aquí de Dios! ¿Pues aquel tigre no le había matado á la madre? ¿Eso no era mal trato, he? ¿Y no sabían hasta los gatos que la tenía amenazada con matarla también?

—Pero como nadie lo oyó... Dice el abogado que se quieren pruebas claras...

Se armó una especie de motin; había mujeres determinadas á hacer, decían ellas, una exposición al mismísimo Rey, pidiendo contra indulto, y por turno, dormían en casa de la asistenta, para que la pobre mujer pudiese conciliar el sueño. Afortunadamente, el tercer día llegó la noticia de que el indulto era temporal, y al presidiario aún le quedaban algunos años de arrastrar el grillete. La noche que lo supo Antonia fué la primera en que no se enderezó en la cama; con los ojos desmesuradamente abiertos, pidiendo socorro.

Después de este susto, pasó más de un año y la tranquilidad renació para la asistenta, consagrada á sus humildes quehaceres. Un día, el criado de la casa donde estaba asistiendo, creyó hacer un favor á aquella mujer pálida, que tenía su marido en presidio, participándole como la Reyna iba á parir, y habría indulto, de fijo.

Fregaba la asistenta los pisos, y al oír tales anuncios soltó el estropajo, y descogiendo las sayas que tenía arrolladas á la cintura, salió con paso de autómatas, muda y fría como una estatua. A los recados que le enviaban de las casas respondía que estaba enferma, aunque en realidad solo experimentaba un anonadamiento general, un no levantársele los brazos á labor alguna. El día del régio parto contó los cañonazos de la salva, cuyo estampido le resonaban dentro del cerebro, y como hubo quien le advirtió que el vástago real era hembra, comenzó á esperar que un varón traería más indultos. Además, ¿por qué le había de coger el indulto á su marido? Ya le habían indultado una vez, y su crimen era horrendo; matar á la indefensa vieja que no le hacía daño alguno, á su madre, todo por unas cuantas tristes monedas de oro. La terrible escena volvió á presentarse ante sus ojos: ¿merecía indulto la fiera que asestó aquella tremenda cuchillada? Antonia recordaba que la herida tenía los labios blancos, y parecía ver la sangre cuajada al pié del catre.

Se encerró en su casa, y pasaba las horas sentada en una silla junto al fogón. ¡Bah! si habían de matarla, mejor era dejarse morir.

Solo la voz plañidera del niño la sacaba de su ensimismamiento.

—Mi madre, tengo hambre. Mi madre, ¿qué hay en la puerta? ¿Quién ¿viene?

Por último, una hermosa mañana de sol, se encogió de hombros, y tomando un lio de ropa sucia, echó á andar camino del lavadero. A las preguntas afectuosas respondía con lentos monosílabos, y sus ojos se posaban con vago extravío en la espuma del jabón que le saltaba al rostro.

¿Quién trajo al lavadero la inesperada nueva, cuando ya Antonia recogía su ropa lavada y torcida é iba á retirarse? ¿Inventóla alguien con un fin caritativo, ó fué uno de esos rumores misteriosos, de ignoto origen, que en vísperas de acontecimientos grandes para los pueblos ó los individuos palpitan y susurran en el aire? Lo cierto es que la pobre Antonia, al oírlo, se llevó instintivamente la mano al corazón, y se dejó caer hácia atrás sobre las húmedas piedras del lavadero.

—¿Pero de veras murió? preguntaban las madrugadoras á las recién llegadas.

—Sí, mujer....

—Yo lo oí en el mercado,

—Yo en la tienda...

—¿Y á tí quien te lo dijo?

—A mí, mi marido.

—¿Y á tu marido?

—El asistente del capitán.

—¿Y al asistente?

—Su amo...

Aquí ya la autoridad pareció suficiente, y nadie quiso averiguar más, sino que se dió por firme y valedera la noticia. ¡Muerto el criminal, en vísperas de indulto, antes

de cumplir el plazo de su castigo! Antonia la asistenta alzó la cabeza, y por vez primera se tiñeron sus mejillas de un sano color y se abrió la fuente de sus lágrimas. Lloraba de gozo, y nadie de los que la miraban se escandalizó. Ella era la inductada; su alegría justa. Las lágrimas se agolpaban á sus lagrimales, dilatándole el corazón, porque desde el crimen se habia *quedado cortada*, es decir, sin llanto. Ahora respiraba anchamente; libre de su pesadilla. Andaba tanto la mano de la Providencia en lo ocurrido, que á la asistenta no le cruzó por la imaginación que podia ser falsa la nueva.

Aquella noche, Antonia se retiró á su casa mas tarde que de costumbre, porque fué á buscar á su hijo á la escuela de párvulos y le compró rosquillas de *jinete*, con otras golosinas que el chico deseaba hacia tiempo, y ambos recorrieron las calles, parándose ante los escaparates, sin gana de comer, sin pensar mas que en beber el aire, en sentir la vida y en volver á tomar posesion de ella.

Tal era el enajamiento de Antonia, que ni reparó en que la puerta de su cuarto bajo no estaba sino entornada. Sin soltar de la mano al niño, entró en la reducida estancia que le servia de sala, cocina y comedor, y retrocedió atónita viendo encendido el candil. Un bulto negro se levantó de la mesa, y el grito que subia á los labios de la asistenta se ahogó en la garganta.

Era él: Antonia, inmóvil, clavada al suelo, no le veia ya, aunque la siniestra imagen se reflejaba en sus dilatadas pupilas. Su cuerpo yerto sufría una parálisis momentánea, sus manos frias soltaron al niño, que aterrado se acogió á las faldas. El marido habló:

¡Mal contabas conmigo ahora! murmuró con acento ronco, pero tranquilo; y al sonido de aquella voz, donde Antonia creia oír vibrar aún las maldiciones y las amenazas de muerte, la pobre mujer, como desencantada, exhaló un ¡ay! agudísimo, y cogiendo á su hijo en brazos, echó á correr hácia la puerta. El hombre se interpuso.

—¡Eh....chst! ¿A dónde vamos, patrona? silabeó con su ironía de presidario. ¿A alborotar el barrio á estas horas? ¡Quietos aquí todo el mundo!

Las últimas palabras fueron dichas sin que las acompañase ningun ademán agresivo, pero con un tono que heló la sangre de Antonia. Sin embargo, su primer estupor se convertia en fiebre, la fiebre lúcida del instinto de conservación. Una idea rápida cruzó por su mente; ampararse del niño. ¡Su padre no lo conocia, pero al fin era su padre: Levantólo en alto y le acarició á la luz.

—¿Ese es el chiquillo? murmuró el presidiario. Y descolgando el candil, llególo al rostro del chico. Este guiñaba los ojos, deslumbrado, y ponía las manos delante de la cara como para defenderse de aquel padre desconocido, cuyo nombre oía pronunciar con terror y reprobación universal. Apretábase á su madre, y ésta, nerviosamente, lo apretaba también, con el rostro más blanco que la cera.

—¡Qué chiquillo tan feo! gruñó el padre, colgando de nuevo el candil. Parece que lo chuparon las brujas.

Antonia, sin soltar el niño, se arrimó á la pared, pues desfallecia.

La habitacion le daba vueltas alrededor, y veia unas lucecitas azules en el aire.

—A ver, ¿no hay nada de comer aquí? pronunció el marido.

Antonia sentó al niño en un rincón, en el suelo, y mientras la criatura lloraba de miedo, conteniendo los sollozos, la madre comenzó á dar vueltas por el cuarto, y cubrió la mesa con manos temblorosas; sacó pan, una botella de vino, retiró del hogar una cazuela de bacalao, y se esmeraba sirviendo diligentemente, para aplacar al enemigo con su celo.

Sentóse el presidiario y empezó á comer con voracidad, menudeando los tragos de vino. Ella permanecia de pié, mirando; fascinada, aquel rostro curtido, afeitado y se-

co que relucia con ese barniz especial del presidario. El llenó el vaso una vez mas, y la convidó.

—No tengo voluntad... balbuceó Antonia; y el vino, al reflejo del candil, se le figuraba un coágulo de sangre.

El lo despachó encogiéndose de hombros y se puso en el plato mas bacalao, que engulló ávidamente, ayudándose con los dedos y mascando grandes cortezas de pan. Su mujer le miraba hartarse, y una esperanza sutil se introducía en su espíritu. Así que comiese se marcharía sin matarla: ella, despues, cerraría á cal y canto la puerta, y si quería matarla: entonces, el vecindario estaba despierto y oiría sus gritos. ¡Solo que probablemente le sería imposible á ella gritar! Y carraspeó para afianzar la voz. El marido, apenas se vió saciado de comida, sacó del cinto un cigarro, lo picó con la uña y encendió el pitillo en el candil.

—¡Chist!..... ¿Adonde vamos? gritó viendo que su mujer hacia un movimiento disimulado hácia la puerta. Tengamos la fiesta en paz.

—A acostar el pequeño, contestó ella sin saber lo que decia; y refugióse en la habitacion contigua, llevando á su hijo en brazos. De seguro que el asesino no entraría allí. ¿Como habia de tener valor para tanto? Era la habitacion en que se habia cometido el crimen, el cuarto de su madre: pared por medio dormia antes el matrimonio; pero la miseria, que siguió á la muerte de la vieja, obligó á Antonia á vender la cama matrimonial y usar la de la difunta. Creyéndose en salvo, empezaba á desnudar al niño que ahora se atrevia á sollozar mas fuerte, apoyado en su seno; pero se abrió la puerta y entró el presidario.

Antonia le vió echar una mirada oblicua en torno suyo, descalzarse con suma tranquilidad, quitarse la faja, y por último, acostarse en el lecho de la víctima. La asistente creía soñar; si su marido abriese una navaja, la asustaría menos quizá que mostrando tan horrible sosiego. El se estiraba y revolvía en las sábanas, apurando la colilla y suspirando de gusto, como hombre cansado que encuentra una cama blanda y limpia.

—¿Y tú; exclamó dirigiéndose á Antonia, ¿qué haces ahí quieta como un poste? ¿No te actestas?

—Yo....., no tengo sueño, tartamudeó ella, dando diente con diente.

—¿Qué falta hace tener sueño? ¿Si irás á pasar la noche de centinela?

—Abí... abí... no... cabemos... Duerme tú... Yo aquí, de cualquier modo...

El soltó dos ó tres palabras gordas.

—¿Me tienes miedo ó asco, ó qué rayo es esto? A ver cómo te acuestas, ó si no.....

Incorporóse el marido, y extendiendo las manos, mostró querer saltar de la cama al suelo. Mas ya Antonia con la docilidad fatalista de la esclava, empezaba á desnudarse. Sus dedos apresurados rompían las cintas, arrancaban violentamente los corchetes, desgarraban las enaguas. En un rincon del cuarto se oían los ahogados sollozos del niño.

Y el niño fué quien, gritando desesperadamente, llamó al amanecer á las vecinas, que encontraron á Antonia en la cama extendida, como muerta. El médico vino aprisa, y declaró que vivía, y la sangró, y no logró sacarla una gota de sangre. Falleció á las veinticuatro horas, de muerte natural, pues no tenía lesion alguna. El niño aseguraba que el hombre que habia pasado allí la noche la llamó muchas veces al levantarse, y viendo que no respondía, echó á correr como un loco.

EMILIA PARDO BAZAN.